

## **Entre la Cristiandad y la Koinonía<sup>1</sup>**

Leonardo Rojas Cadena  
Jesús Carrasquilla Ospina

Generar una aproximación a la Iglesia requiere una comprensión de ella en cuanto está inscrita en la historia y en la sociedad lo que le implica una evolución y transformación constante; pero a la vez reconocer que mantiene su identidad y esencia dentro de una tradición y dinámica eclesial que refleja los trazos esenciales de su constitución y de su vida como el Misterio vivido en la historia y significado desde la historia en su comprensión.

Pretender entender la realidad eclesial hoy, obliga al conocimiento del pasado y los contextos en los cuales se ha desarrollado la reflexión y auto percepción de la Iglesia. Frente a este reto, aunque sea de forma global, fragmentaria y parcial, se quiere recordar algunas líneas esenciales de la eclesiología y de la vida eclesial que siguen vivas en la cotidianidad de la Iglesia, que muchas veces alimentan su desarrollo pero que incluso pueden ser contradictorias en su existencia.

Tratando de responder a uno de los objetivos específicos de la investigación “Aporte de la eclesiología en la fundamentación de la moral contemporánea desde una perspectiva de solidaridad” se buscó en un primer momento los elementos que parecen relevantes en la identidad de la Iglesia que permitan, desde una perspectiva de solidaridad, comprender y significar este valor en la moral cristiana desde la praxis de los creyentes para que no sea un simple sucedáneo de la fraternidad en el ámbito social.

En el estudio de la evolución de la comprensión eclesiológica en dinámica histórica se presentará en esta comunicación algunas aproximaciones conceptuales que le permiten a la Iglesia fortalecer su identidad y generar un aporte al desarrollo de la solidaridad en la acción moral en ella. Se trata de

---

<sup>1</sup> Ponencia realizada a partir del proyecto de investigación: “Aporte de la eclesiología en la fundamentación de la moral contemporánea desde una perspectiva de solidaridad” Departamento de Humanidades, Pontificia Universidad Javeriana Cali, 2008 – 2009. Este proyecto es liderado por el Grupo de investigación Teología y Sociedad.

explorar el hecho “comunidad” en su desarrollo histórico, el cual en el contexto que nos convoca se hace pertinente. No se tiene la pretensión de agotar el tema en un estudio exhaustivo. Nos serviremos de estudios realizados por autores como por ejemplo J. M. Tillard, Floristan, J. A Estrada, quienes nos introducen en este vasto tema de la eclesiología.

Es necesario reconocer algunas limitaciones que nos permitan establecer unos puntos de partida: El primero está marcado por los “aprioris” teológicos que sustentan las múltiples eclesiologías al momento de abordar el problema de la Iglesia y su comprensión. Cada enfoque pone sus acentos y características mientras otros enfatizan otras dimensiones, al igual que los silencios o marginamientos que se hacen. Lo segundo es que la subjetividad condiciona el conocimiento debido a la interpretación del teólogo. Como punto de partida se puede afirmar que cada época tiene su propia imagen de iglesia la cual revela el condicionamiento histórico con que se aborda la Iglesia. Pero a la vez es necesario tener en cuenta, como lo afirma el Concilio, que “El misterio de la Iglesia se manifiesta en su fundamento” (Lumen Gentium 5).

### **El origen comunitario de la Iglesia**

La vida en común ha preocupado al ser humano desde remota existencia por ser un fenómeno que afecta a la sociedad, lo político, lo religioso de la vida misma. Sin vida comunitaria el hombre deja de ser humano pues dimite de su dimensión social y pierde la posibilidad de ser colaborador y de que se le colabore. Necesita de otros para su desarrollo y maduración, para construirse en identidad. Solo se puede comenzar a hablar de comunidad cuando en la historia de la humanidad se pasa de una actitud defensiva o agresividad a un comportamiento de convivencia pacífica consecuencia del intercambio y reciprocidad donde entran en juego los intereses individuales no gratuitos.

Solo desde la comunidad se puede hablar de solidaridad ya que ella está formada por “personas que crecen y conviven en un espacio común, compartiendo penas y alegrías. El dolor en común, las luchas en común, las

fiestas y las alegrías comunes atan y unen” (Auer, 1985: 34) lo cual genera lazos e identidades comprometidas con el “otro” ser humano.

De acuerdo a su nombre *la Iglesia* es asamblea cristiana, congregación de fieles o pueblo de Dios reunido en estadio de comunidad; la Iglesia nace como una comunidad de creyentes convertidos por la palabra evangélica e incorporados por el bautismo, reunida alrededor de la fracción del pan, fruto de la vivencia de fraternidad y sororidad de sus integrantes<sup>2</sup>. Probablemente la mayoría de los grupos cristianos primitivos se reunían en las casas privadas y tuvieron una estructura comunitaria de tipo doméstico (Meeks, 1988: 132)<sup>3</sup>. La fraternidad era la clave fundamental de su funcionamiento, en las casas se desarrolla la vida comunitaria, la oración, la fracción del pan, la predicación y la catequesis. Se vive una solidaridad en el seguimiento de Jesús el Cristo.

Como un primer presupuesto está que el modelo de vida, la praxis moral de la iglesia primitiva, es la comunidad, en la cual se intenta vivir la koinonía en la oración, la fracción del pan, la enseñanza de los apóstoles y la comunidad de bienes, como lo presenta no solo Hechos de los Apóstoles sino las diferentes referencias comunitarias en los diversos libros y cartas del Nuevo Testamento. Es una comunidad de iguales, “Es, pues, una fraternidad que no margina a la *mujer*, ni es dominada por los *jefes*. “La palabra *ecclesia* - escribe Y. Congar - significaba entonces lo que hoy denominaríamos comunidad de los cristianos“<sup>4</sup>.

Las comunidades primitivas acogen a convertidos, preferentemente pobres, por el origen mismo de las comunidades y por la aceptación del evangelio entre las personas sencillas y marginadas de las diferentes sociedades, además no hay distinción entre “judíos y griegos, esclavos o libres, hombres y mujeres” (Gá13, 28-29). Se trata de una comunidad de hermanos y hermanas abiertos a acoger a todos como hermanos. En la cita que hace Floristan<sup>5</sup> de M. Legido en este sentido aparece que “Las comunidades están enclavadas en el mundo de los pobres, más aún, están formadas en gran parte por pobres. Pero los pobres no

---

<sup>2</sup> Cf. Tillard Jean M. Carne de la Iglesia, carne de Cristo. Ed Sígueme 1994. 41-89

<sup>3</sup> W. A. Meeks, Los primeros cristianos urbanos, Sígueme, Salamanca 1988, 132.

<sup>4</sup> Floristan Casiano, La Iglesia Comunidad de Creyentes. Ediciones Sígueme 1999, 78

<sup>5</sup> Cf. Floristan O. C, 81

son sólo el lugar de inserción y la mayoría de su composición. Son los primeros destinatarios de la fraternidad, para que sean los primeros en servirla y edificarla, desarticulando radicalmente este mundo”<sup>6</sup>.

La primitiva Iglesia es una comunidad “en la fe” que va tomando conciencia de su misión (ser y construir el pueblo de Dios). Esta misión brota de la conciencia de Iglesia y de su ser la que lleva a los bautizados a vivir de determinada manera su ser eclesial *en Cristo*<sup>7</sup>.

En la primera tradición se concibió y transmitió el vínculo existente entre la pertenencia a la Iglesia y la Eucaristía como el acontecimiento fraternal en donde la iglesia expresa su naturaleza de agrupación en la diversidad humana, en Jesucristo que reconcilia con el Padre y reconcilia a sus miembros entre sí<sup>8</sup>.

### **Visión del camino eclesial en la historia**

A lo largo de la historia la iglesia ha asumido modelos e imágenes que responden a la etapa cultural e histórica que vive; “ha sido *comunitaria* en los tres primeros siglos, *imperial* en los siglos IV y V, *señorial* en la sociedad feudal correspondiente a la edad media, *monárquico papal* respecto a las realezas absolutas, *sociedad perfecta* en el estado moderno decimonónico, *institución jerárquica de salvación* en el vaticano I”<sup>9</sup> y nuevamente se auto comprende desde el misterio de la Iglesia en Cristo reinterpretrándose como comunidad de Iglesias, Pueblo de Dios, Sacramento de Cristo; las cuales son visiones complementarias de sí misma que se hacen presentes y se desarrollan en el Vaticano II.

---

<sup>6</sup> Cf. M. Legido, *Fraternidad en el mundo*, 152. Este dato también se encuentra expresado en E. Schüssler Fiorenza, *En memoria de ella*, 182-183. 63. y R. Aguirre, *Iglesia e Iglesias en el nuevo testamento*, 53

<sup>7</sup>La referencia a Cristo, en quien se cumple la relación de Dios Padre con la Humanidad es englobante “porque ese *otro* que es Cristo es fundamentalmente (en su referencia esencial al Padre) la fuente de la existencia cristiana” (Rom 5, 10) (Cf. Tillard, 1994:14).

<sup>8</sup> La iniciación del cristiano en la “*vida en Cristo*” parte del hecho comunitario del misterio salvador que se vive sacramentalmente, como lo diría San Cirilo de Alejandría, en una iniciación mistagógica por el bautismo y la celebración de la eucaristía, esto quiere decir que desde el testimonio personal hasta el compromiso comunitario, desde el respeto a la propia persona hasta la defensa de los oprimidos, no se escapa del abrazo comunitario. Cristo se convierte en la palabra que da la vida, nos lleva a la plenitud de vida y nos convierte verdaderamente en imagen y semejanza del Padre, en él, con él y por él, por su espíritu donador de vida

<sup>9</sup> Floristan O. C.: 86.

Lo cierto es que este origen comunitario de la Iglesia ha mantenido su vida en las renovaciones eclesiales que se oponen a la masificación y al fenómeno de la Cristiandad que brotaron de la *“imperialización”* del cristianismo.

Hasta el siglo III se ve con claridad un desarrollo eclesiológico expresado en los Padres de la Iglesia que la entienden como “Koinonía sacramental” o misterio de la unión de los hombres con Dios y entre sí. En la Iglesia se expresa la confesión de fe, el amor fraterno, la comunión en Cristo, y la unidad en la dirección de los obispos<sup>10</sup> hasta cuando se comienza a Jerarquizar debido a las conversiones masivas, lo cual hace que se debilite la misión y el catecumenado, tal vez se ritualiza la expresión de fe perdiendo participación el pueblo y los obispos y presbíteros se convierten en funcionarios estatales. La imagen de comunión y misterio vivido en comunidad declina en aras de la imagen de imperio entendido como sociedad. Los misterios son poderes, y los obispos son autoridad. Aparece, en palabras de Floristan, “el régimen de cristiandad” en el cual lo que comienza a prevalecer es la dimensión universal sobre la local. El imperio universal tiene una religión universal, en el cual de Pueblo de Dios pasa a ser el Pueblo Cristiano.

La Iglesia de la cristiandad en la edad media se transforma en “institución cristiana y norma jurídica”, en corporación sacramental canónica, poder y autoridad, en la cual la iglesia como “ecclesia regina pone de relieve la conciencia de soberanía sobre los fieles y la humanidad entera” (Floristan 1999:90). Es la época de los príncipes de la cristiandad en el cual se polarizan el orden de lo temporal y espiritual pero a la vez como factor estructurante de la sociedad civil. La Iglesia es sociedad cristiana sometida a la autoridad papal.

En la época de la contrarreforma se pone el acento en el aspecto institucional y visible de la iglesia bajo la dirección de los legítimos representantes de Cristo en la tierra. En la época postridentina la iglesia sigue siendo una sociedad de desiguales. Al perder su poder en el ámbito político, pretende ejercer su influencia moral de tipo social.

---

<sup>10</sup> Floristan O. C :87

El renacimiento de la Iglesia coincide con el despertar evangélico. La teología está impregnada de una sensibilidad pastoral, al regresar a su visión de la iglesia más bíblica y patristica, que le permite una adaptación al mundo social moderno; donde el centro de la reflexión teológica está, no en la autoridad jerárquica, sino en la evangelización, el compromiso y el testimonio.

Al concilio Vaticano II llegan dos tendencias eclesiológicas contrapuestas: una inmovilista, de tendencia apologética, jerárquica, clerical y sacral; otra reformadora, con perspectiva evangelizadora, laical, grupal y comunitaria. “Ciertamente hay un transito eclesiológico de la potestad al servicio, de la sociedad a la comunión, de la institución jurídica al sacramento de salvación y de la estructuración clerical al pueblo de Dios”<sup>11</sup> y así lo manifiesta el Papa Pablo VI “Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la iglesia la necesidad de conocer, acercarse, comprender, penetrar, servir y evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla en su rápido y continuo cambio” (Discurso Inaugural Pablo VI n.6).

En síntesis, el Concilio aportó una nueva vivencia de la iglesia en el espíritu de Cristo y del evangelio, para el servicio del mundo, en aras del reino de Dios. Las decisiones tomadas son de tipo pastoral, como un nuevo método de actuar de la iglesia y su magisterio que no está en contraposición a lo dogmático en la teología tradicional. Se hizo teología de modo pastoral con un lenguaje bíblico, patristico y simbólico que edifica e interpela; pero a pesar de todo lo anterior, se da una yuxtaposición de textos conciliares no coincidentes del todo entre ellos que recogen las dos tendencias de la iglesia en el concilio, debido a la necesidad de profundizar en materias y nociones que requerían mayor clarificación, como lo afirma A. Dulles<sup>12</sup>, de tal manera que cabe en la Iglesia una doble lectura, una conservadora y otra progresista, en especial de la constitución *Lumen Gentium*. Este tipo de lecturas, no se puede negar, incluso se siguen haciendo hoy en día.

---

<sup>11</sup> Cf. Floristan O. C: 165.

<sup>12</sup> A. Dulles. La eclesiología católica a partir del Vaticano II: *Concilium* 208 (1986) 321

El Concilio permite una nueva conciencia de Iglesia. Nadie lo discute, ni los más conservadores; ya en los primeros capítulos de la *Lumen Gentium* se define a la iglesia en términos de comunión “koinonía” lo cual se podría traducir como participación solidaria, unión, comunión. Es la comunión con Jesús, en Cristo<sup>13</sup>. Se trata de la comunión de fe, participación litúrgica, opción por el necesitado, comunión de bienes. Este término une el misterio de la iglesia al de Cristo.

El aspecto comunitario se constituye, nuevamente, en un elemento esencial de la vida misma de la iglesia y de su comprensión, el cual se hace nuevamente visible en el Concilio Vaticano II, después de más de 12 siglos de ocultamiento y que cobra vida en diferentes movimientos que desean vivir evangélicamente su fe y comprometerse con su historia; se pone de nuevo de manifiesto que la opción de Jesús por el hombre, en quien se cumple la relación de Dios Padre con la Humanidad, engloba la vida de la Iglesia en su ser comunidad en una opción por el “otro”, que no se puede perder de vista en la conciencia del creyente que vive y se compromete con la construcción del *Reino de Dios “en Cristo”*<sup>14</sup>.

### **A manera de conclusión:**

La iglesia nace como comunidad y ha intentado vivir a lo largo de la historia su vida comunitaria de una u otra forma, incluso las reformas *evangélicas*<sup>15</sup> responden a esta inquietud en una búsqueda efectiva de la vida comunitaria. Desaparecido el fenómeno comunitario en la Iglesia Católica en su construcción de cristiandad, reaparece posterior al Concilio Vaticano II como una “reinención de la Iglesia en las bases laicales y populares”<sup>16</sup> las comunidades” nacen de la necesidad de vivir todavía con más intensidad la vida de la iglesia o del deseo y de la búsqueda de una dimensión más humana

---

<sup>13</sup> Cf. Tillard OP Cit.

<sup>14</sup> La moral cristiana presenta la excelencia de la vocación de los fieles *en Cristo*, no como una moral individualista; ser “*en Cristo*”, es un llamado, una vocación en comunidad, como pueblo de Dios. Es interesante, que el Nuevo Testamento insista más “en la glorificación de Dios y en el comportamiento que hay que tener con los *otros* que en la ética centrada en el propio individuo”. En ese sentido, son Dios y los otros los que marcan el derrotero a la vida cristiana (Cf. Tillard 1994: 13).

<sup>15</sup> Fundadas en el evangelio.

<sup>16</sup> Cf. Floristan O.C 423

que difícilmente pueden ofrecer las comunidades eclesiales más grandes” (Evangelii Nuntiandi n. 58).

Después del Vaticano II surge una mística grupal que fomentó el fenómeno comunitario. Esto debido a la conciencia de Iglesia como comunión y pueblo de Dios que se revela en el Concilio y por la renovada exégesis, al interés social y cultural que ha suscitado los pequeños grupos y la solidaridad de la iglesia por el pueblo bautizado, pobre marginado, especialmente en América Latina. Estas comunidades por su particularidad más que ser movimientos de contestación son un movimiento de reforma basado en la exigencia del Vaticano II, en la descentralización y responsabilidad del laicado, en la evangelización y en la conciencia de subdesarrollo y dependencia de cara a un compromiso liberador.

Un ejemplo de lo anterior lo vemos en la II conferencia Episcopal Latinoamericana en Medellín, donde las comunidades eclesiales de base obtiene su carta de ciudadanía al ser definida como “el primero y fundamental núcleo eclesial...” Esta forma de ser Iglesia no es novedosa, es la Iglesia de siempre, aquella que se inicia en galilea (A. Acerbi). Es una iglesia de origen popular, que nace del pueblo que celebra la fe y la vida. La Iglesia no renuncia a sus orígenes en lo esencial que concibió y transmitió el vínculo existente entre la pertenencia a la Iglesia y la Eucaristía, como el acontecimiento fraternal en donde la iglesia expresa su naturaleza de agrupación en la diversidad humana en Jesucristo que reconcilia con el Padre y reconcilia a sus miembros entre sí.

Al igual que en la iglesia Africana, la opción fundamental de las comunidades está marcada y orientada por la comunidad como tal que le permite a los creyentes vivir mejor su fe desde su espíritu comunitario tradicional.

En conclusión, la vida eclesial es tal en la medida que sea fruto de este régimen comunitario, que crece y madura cuando se vive la comunión, a saber, la comunicación y participación con los otros y con Dios<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Cf. Tillard. O C. 69-71

Para finalizar, la recuperación de esta visión patrística - que desea conservar la eclesiología de comunión - plantea una pregunta inquietante: ¿responde realmente *la comunión* a la convicción eclesial manifestada desde el origen en la iglesia de occidente en la medida en que aparece en desde la imperialización de la iglesia y especialmente en la teología de la reforma un acento más de tipo individualista que comunitario, más interior que sacramental?

El Vaticano II trató de poner al día el mensaje cristiano desde una triple exigencia: retorno a las fuentes de la palabra de Dios y de la liturgia; cercanía a la realidad social del mundo y revisión profunda de la iglesia como pueblo de Dios. La Iglesia se debe entender en clave de comunión, es el “pueblo de Dios”, “sacramento universal de Salvación”, además está en función del mundo y su magnitud es local y universal.

Existe una invitación del concilio Vaticano II a valorar positivamente a la historia como lugar de esperanza y sustituir una mentalidad deductiva por un hábito inductivo que sabe interpretar la realidad social e intuir las coherencias entre el evangelio y las aspiraciones humanas<sup>18</sup> lo cual traduce la conferencia de Medellín y que cobra vida en la practica eclesial del pueblo latinoamericano.

También es cierto que la variedad de situaciones religiosas de las comunidades y las diversas opciones de los responsables de las iglesias locales hace que se den líneas pastorales distintas. Existe un pluralismo, aún produciendo conflictos entre un modelo de Iglesia comunitaria y un modelo eclesial neoconservador. Es por ello que se pueden presentar dos tipos de discurso y de acciones de tipo pastoral. Existen dos perspectivas distintas y coexistentes, que producen desconfianzas y contradicciones. Reflejan no solo dos eclesiologías, sino dos experiencias distintas de Dios: la iglesia de la cristiandad y la iglesia en Koinonía.

Parece que con los años el alejamiento temporal tanto del Concilio como de la Conferencia de Medellín ha alimentado “una decepción o hastío que ha

---

<sup>18</sup> Cf. Floristan O.C. 151

podido seguir a los entusiasmos de aquellos años efervescentes” (Domínguez Morano, 1992: 310). El decaimiento de la vida grupal, en comunión, se ha debido en gran medida, al auge del individualismo, a la creciente secularización, y a la promoción oficial de las convocatorias religiosas masivas, a la involución eclesial y a la preferencia jerárquica por la parroquia en detrimento de la comunidad de base. Sin olvidar las dificultades propias de los grupos cristianos de base que se traducen a menudo en tensiones entre eclesialidad y fe personal, compromiso social y celebración litúrgica, espontaneidad y reglamentación, liderazgo personalista y democratización. (Floristán 1999: 424).

Además es posible que se den dos visiones de iglesia en la conciencia de la gente hoy, la primera que la hace aparecer como una empresa de servicios religiosos más que como una comunidad de fe (Kehl, 1996: 165) que a la vez ha dejado de ser una institución rectora de la vida del pueblo e incluso protectora de los convulsionales frutos de la modernidad.

Pero a la vez, una segunda apreciación, que es la que nos interesa, se descubre una iglesia que asume el riesgo de la libertad, dentro y fuera de sí misma, asume una sociedad pluralista, sin añorar la antigua uniformidad, generando un sentido adulto y crítico de sí misma en la fe que le permita contribuir a la construcción del reino de Dios en la sociedad y a la madurez de los creyentes en estado de comunidad.

A pesar que se haya utilizado con profusión el término *comunidad* en este escrito, *no olvidemos que Iglesia significa comunidad de cristianos, no masa informe de bautizados* la cual permite la solidaridad de vida en la fe.